

Introducción
Los moriscos, La Mancha y el Quijote:
temas, propuestas y debates a propósito del IV centenario

Francisco J. Moreno Díaz del Campo
(Universidad de Castilla-La Mancha)

La conmemoración de centenarios y su reflejo historiográfico son, con frecuencia, denostados. Fuertemente criticados, se les acusa de oportunistas, de no expresar con precisión los caminos por los que discurre la investigación y de no responder a planificación de ningún tipo sino de participar de ese dejarse llevar, esclavo de las fechas, en el que, incluso, a veces, se deja sentir la no siempre provechosa contribución de las administraciones (dineros aparte). Con razón o sin ella, lo que parece cierto es que, en los últimos años, la evocación de acontecimientos pasados ha arrojado resultados desiguales, en su mayor parte porque el eco de tal o cual evento o conjunto de eventos también ha sido dispar y no siempre debido a su relevancia intrínseca sino a motivos que podríamos calificar como de más espurios tales como la mayor o menor corrección del personaje, colectivo o acontecimiento “conmemorados” o su significación socio-política, distinta, ya se sabe, en función de quien la valore. Aun así, tampoco cabe duda de que han sido (y son, y pueden seguir siéndolo) una buena oportunidad. Bien aprovechado (y de ello hay múltiples y suficientes ejemplos en el campo de la Historia Moderna), el recuerdo de tal o cual hecho o figura de nuestro pasado, debe servir para recuperar temas olvidados, para añadir enfoques diferentes, para incorporar otras fuentes... en definitiva, para hacer nuevas preguntas y tratar de ofrecer respuestas también renovadas pues ahí reside la razón de ser del propio avance historiográfico. Visto así y si hubiese que hacer un balance, éste sería, a todas luces, positivo porque, además de lo dicho, los centenarios han servido para atraer al gran público, para conectar la labor del gremio de historiadores con la sociedad y, en último término, para contribuir a paliar la que puede decirse que es una de nuestras grandes carencias como colectivo: el aislamiento.

De ese contraste entre claros y oscuros hemos sido testigos privilegiados todos los nos dedicamos a lo morisco. De hecho, todo indica que, a pesar de no concitar excesiva atención en círculos ajenos a nuestra profesión, el recuerdo de los cuatrocientos años de la expulsión parece haber cubierto las expectativas ya que ha sabido re-situar el tema en un escenario historiográfico en el que, por diferentes motivos, había quedado ladeado. Tanto es así que la reflexión en torno a la propia expulsión ha sido solo el punto de partida y ha servido para poner sobre el tapete temas y debates de diverso calado que, en esencia, han permitido unir nuestros esfuerzos a los de otros profesionales de las Humanidades (historiadores de la Literatura, filólogos y arabistas principalmente); comprender definitivamente que las variables (geográficas, económicas, ideológicas...) del fenómeno no permiten hablar del mismo como algo unívoco y unidireccional y avanzar en la internacionalización de un tema aparentemente doméstico pero en el que la incorporación de historiadores e historiadoras del norte de África parece haber sido una de las nota más distintivas y alentadoras de los últimos tiempos.

Como fenómeno con pocos precedentes y sin apenas parangón en la época, la expulsión de los moriscos supuso un acontecimiento de una trascendencia inusitada y en aquella España del XVII congregó a su alrededor tanto a detractores como a valedores. Oficialmente, fueron pocos los que alzaron su voz contra la medida de Felipe III y sus “gritos” no fueron –y apenas si quisieron ser– oídos. Sin embargo, los españoles de entonces afrontaron el destierro tal y como habían hecho frente a su propia relación con

la minoría: con pragmatismo e intentando ofrecer distintas respuestas a los problemas planteados por la salida de un colectivo que, por no mostrarse monolítico, dejaba tras de sí múltiples juicios, diferentes actitudes y una no menos compleja gama de sentimientos.

Entre los que vivieron esa cambiante y no siempre fácil relación con los cristianos nuevos de moro, estuvo Miguel de Cervantes. De su bagaje se ha escrito tanto que resulta accesorio decir nada meridianamente sensato en estas líneas sin ser redundante y hasta incorrecto por reiteración. Baste apuntar que, como ocurrió con muchos otros aspectos de la realidad de su tiempo, el escritor conoció a la minoría, la observó y supo retratar con precisión tanto sus propias contradicciones como aquellas otras que atenazaban al aparentemente sólido bloque cristiano viejo. De ello dio cuenta en sus obras de juventud pero, sobre todo, en el *Quijote* y más concretamente en su segunda parte, allí donde hizo desfilar a una extensa galería de personajes y presentó todo un conjunto de escenas que permiten afirmar que, lejos de novelar, el alcalaíno no hizo sino retratar con trazo impresionista su propia experiencia vital, forjada hace ahora también cuatro siglos.

Por ello parecía el momento adecuado para visitar el *Quijote* y evaluar una vez más la relación de Cervantes y los moriscos, no tanto por el propio centenario (que también) sino porque a estas alturas del siglo XXI comienzan ya a dejarse notar los ecos historiográficos del centenario de la propia expulsión, tema que se creía agotado desde el, por otra parte, insuperable trabajo del profesor Lapeyre, pero que ha regresado con fuerza en el transcurso de los últimos años. En ese sentido, no faltan comentarios que afirman que el responsable de ese despertar ha sido todo un grupo de investigadores, cuyo trabajo se ha forjado bajo los auspicios de diferentes escuelas y maestros pero siempre al hilo del centenario mismo. Sin embargo, la afirmación no deja de resultar injusta porque el avance del conocimiento es fruto de un proceso acumulativo y toda “joven generación” se nutre del magisterio de otra, cuyas aportaciones son injustamente soslayadas si se da por válido el comentario anterior.

Sea como fuere, de lo que no cabe duda es de que, gracias a ese afán constante en pro de conocer más, la historia de los moriscos está más despierta que nunca y de que ha sabido granjearse un nuevo lugar en el seno de una historiografía que, como se ha dicho, la había mantenido en los últimos años del siglo XX en un discreto segundo plano, acaso como rechazo involuntario de la fuerza con la que irrumpió en los años setenta y ochenta a raíz del estudio de la heterodoxia. Y, en parte, lo ha hecho de la mano de la siempre atractiva relación entre Historia y Literatura, algo que ha facilitado que se analice desde otros puntos de vista, que ha motivado que las fuentes sean revisadas con una nueva mirada y que ha permitido extender cronológicamente el propio fenómeno del destierro.

El conjunto de artículos que conforman el monográfico que ahora se presenta es un buen ejemplo al respecto. No en vano, a lo largo de sus líneas se analiza el destierro morisco en base a esas nuevas preguntas a las que se aludía más arriba, lo que, de paso, deja trazadas algunas de las “sendas moriscas” por las que, a falta de “ríos” caudalosos, caminamos en La Mancha: la Corona y las diferentes coyunturas por las que pasó la actitud cortesana en relación a la minoría; la imagen que de ésta se proyectó por parte de la tratadística y de los literatos; la cuestión de los regresos; la figura de los *vuelos* y *quedados*; el patrimonio que dejaron atrás; Cervantes y el universo paralelo a la realidad que construyó con los protagonistas su obra; la Literatura en sí misma como fuente... son temas que la novela de don Miguel pone sobre el tapete y que, a la vez, han sido analizados con precisión por los autores que han prestado su pluma para construir este pequeño dossier. Por ello, y como no podía ser de otra manera, nuestro primer y

principal agradecimiento debe dirigirse a los profesores Vincent, Dadson, Aranda Pérez, Gómez Vozmediano, Lomas Cortés, Fernández Chaves y Pérez García porque respondieron con presteza y sincera entrega a nuestra petición y han puesto lo mejor de su dilatada experiencia en torno al tema para ofrecer toda una serie de datos, ideas y reflexiones que, en adelante, quedarán como referente a la hora de hablar de los moriscos de La Mancha. Junto a ellos, conviene no olvidar a la profesora María Isabel Jiménez González por su siempre desinteresada ayuda en la revisión de los textos en inglés. También es necesario recordar a David Martín y Luis Escudero; cerradas las puertas del hogar propio fueron ellos quienes animaron en todo momento para que, como hicieron los moriscos en 1609, los trabajos que siguen salieran de La Mancha, emigraran y finalmente encontraran acomodo en la comunidad *eHumanista*, donde, como le ocurriera a Ricote en Francia, quien escribe encontró “buen acogimiento”. Por ello también es de toda justicia reconocer la inmensa deuda que, en adelante, mantendremos con los editores de la revista, que confiaron a ciegas en la propuesta y quisieron ver en ella una forma más de aprovechar inercias, de potenciar el *Quijote*, la Historia y las Humanidades en general y, por supuesto, de tender puentes entre territorios, personas y disciplinas.